

CAPITULO XXXV

CECILIA

¿Qué pasaba en el despacho de Góngora?.. Justo será que lo sepamos.

Sucedía lo mismo que él esperaba, y esperaba que había de llegar un día en que se dictara contra él auto de prisión, y ese día estaba encima.

Nadie habría sospechado que Góngora fuese capaz de apelar á una falsificación para llevar á término favorable un pleito perdido; mas el hecho era incontestable, y la explicación que le daba Valle-alegre hacía fortuna. El amor... ¡ah!.. el amor es la perdición del género humano. ¿Era, por ventura, el primer caso en que una mujer llevaba la funesta influencia de sus encantos á semejante extremo?.. La huérfana no se resignaba á vivir pobremente, y Góngora, no sabiendo resistir á sus seducciones, había sido su instrumento.

De esta manera discurrían los más sensatos. Otros salvaban á Cecilia de toda complicidad, y atribuían la falsificación á un móvil más poderoso que el amor mismo, al orgullo. La lucha entablada por Luis contra Valle-alegre era un duelo á muerte, y el abogado quemaba su último cartucho, valiéndose de aquella arma de combate.

El mayor número no veía en todo ello más que los accidentes puramente dramáticos de una causa célebre, en la cual figuraba como víctima un banquero espléndido, y

como presuntos reos un abogado ilustre y una mujer de diez y siete años, por todo extremo hermosa.

Sin embargo, fuera del vulgo estúpidamente propenso á creer en la legitimidad de todo éxito, había quien no ponía en duda la inocencia de los acusados, y el mismo Góngora, lleno su espíritu de confusiones, buscaba inútilmente el hilo tenebroso de aquella falsificación inconcebible.

La justicia..., la pobre justicia humana, excitada por la actividad del banquero, buscaba al culpable.

Las primeras indagaciones se habían detenido en Góngora, porque el abogado se encerró en una sola respuesta, que debía parecer evasiva, á saber: «Las cartas de Ripoll se hallaban entre los papeles de la testamentaria del difunto Americano.» No hubo manera de sacarle otra respuesta. Su mismo silencio deponía contra él, y esperaba el momento de verse preso. Al procederse á su prisión se registrarían todos sus papeles y se encontraría entre ellos el índice hecho por él mismo de los documentos pertenecientes al Americano, en el que no se hallaban anotadas las cartas de Ripoll.

No había salida.

En semejante situación, comprendió que ya no era posible guardar por más tiempo el secreto de su desdicha. Era ya urgente preparar el ánimo de Margarita para recibir este rudo golpe de su adversa suerte. Él mismo no se atrevía á ser el portador de tan mala noticia, y encerrándose con Montero en su despacho, le refirió minuciosamente todas las circunstancias de la situación en que se encontraba.

Durante el relato, el coronel se mordía las uñas, fruncía horriblemente el entrecejo, se rascaba la cabeza con furor y se tiraba bárbaramente de los bigotes.

Luego que Luis hubo terminado, se dió una terrible puñada en el muslo, exclamando:

— ¡Aquí hay una traición!.. ¡Una traición abominable, y esto, Luis, va á costar sangre!

Luis le dirigió una mirada, en la cual había á la vez súplica y severidad, y él le dijo:

— No me reconvengas... Este brazo, que ha herido tantas veces sin razón, sin justicia y sin rencor, ¿ha de permanecer ocioso ante semejante infamia?.. La sangre lava.

— La sangre mancha — le replicó Góngora. — Y en todo caso, dime, ¿con qué sangre quieres satisfacer tu enojo?

Los ojos de Montero brillaron terriblemente.

— Con la sangre de Valle-alegre — contestó en el acto.

— ¿Y estás seguro de que es el banquero el autor de esta tenebrosa intriga?..

— Seguro — volvió á contestar con ese acento firme, que no admite réplica.

— ¿Por qué?

— Porque Valle alegre es capaz de toda infamia, y porque á él solo le interesa ésta.

— No te engañes á ti mismo — le dijo Góngora. — No tomes la repugnancia que ese hombre te inspira como una prueba de su alevosía. Y aunque no te engañaras, ¿es acaso tu mano la encargada de castigar á los culpables?.. ¿Quieres tú ser al mismo tiempo juez, testigo y verdugo?..

— ¡Bien! — exclamó Montero vivamente contrariado. — Puesto que no me es lícito deshacerlo entre mis manos, que viva... Casualmente se me ocurre en este momento una idea que lo va á dejar con la boca abierta.

— ¿Qué se te ocurre? — le preguntó Luis.

— Se me ocurre la cosa más sencilla del mundo..., yo también tengo ingenio. Vamos á cuentas. Hace mucho tiempo que debía estar fusilado; esto es claro como la luz del día..., y si vivo es porque la justicia ha huído de la tierra. ¿Qué se pierde con que esta vez, que soy inocente, la ley me tome por culpable?... Nada, absolutamente nada...

Pues bien; yo soy el falsificador de esas cartas... Mi letra no es un prodigio de caligrafía, pero ¿qué más averiguaciones necesita un crimen que la confesión del reo?.. Vengan, vengan sobre mí todas las iras de Valle-alegre..., te juro que he de recibirlas riéndome á carcajadas... No conozco el Código; mas sea como quiera, mi delito no merecerá más pena que algún año de corrección... ¿Qué importa eso?.. Y en cuanto á mi nombre, ¡diablo!.., quisiera meterlo debajo de siete estados de tierra. Ea, yo soy el falsificador de esas cartas, y asunto concluído.

Luis conocía bastante á Montero para que le causara extrañeza aquel recurso de lo que él llamaba su ingenio. El mérito de su idea consistía principalmente en que la proponía sin hacer de ella mérito ninguno. Góngora pensó un momento la respuesta que debía darle, porque rechazar su proyecto habría sido ofender su corazón.

— Te aseguro — le dijo — que la idea es digna de ti, y que no titubearía en aceptarla, si no advirtiera en ella un grave inconveniente. Tu sacrificio aumentaría mi deshonor. No solamente me señalarían con el dedo, como al verdadero falsificador de esas cartas fatales, sino que además me acusarían de haber sacrificado tu noble afecto hacia nosotros á una impunidad vergonzosa. Montero debemos pasar por aquello que Dios quiera que pasemos.

— Tienes un hijo — replicó Montero desconcertado.

— Lo sé — contestó Luis. — ¡Cómo olvidarlo!..

— Es asesinar á Margarita — añadió el coronel. — Piénsalo bien; asesinarla.

— ¡Pobre Margarita!.. — exclamó Góngora.

Montero había agotado su elocuencia y su ingenio; la que no estaba agotada era su furia, porque se mordía los labios con fiereza, y su respiración ruidosa daba á entender bien claramente que rugía en su pecho el huracán de la cólera.

— ¡Ah, qué amigo..., qué amigo!.. — exclamaba. — ¡Me maniata para que no lo defienda!..

Luis guardó silencio, y este fué el momento en que entró en el despacho el hijo del duque.

Al entrar arrojó el sombrero sobre una silla, diciendo:

— Nos han vencido. He ahí unos cuantos millones que por segunda vez roba Valle-alegre. He ahí á Góngora presunto reo de falsificación, á Cecilia condenada á la pobreza, y aquí estoy yo, miserable ser, impotente, porque estoy obligado á ser duque, que me cruzo de brazos porque ella me sujeta. — Y poniendo familiarmente la mano sobre el hombro de Montero, añadió: — Mi coronel, este es el mundo:

Luego siguió diciendo:

— Ustedes tienen, á lo menos, el derecho de quejarse; pueden ustedes cubrir con su indignación los nombres de aquellos á quienes atribuyan esta traición inicua; pero yo, ¿contra quién me dirijo?.. ¿A quién acuso?.. ¿A ella, que es la más noble de las criaturas?.. ¿Al duque?.. ¡Imposible!.., el duque es mi padre. Después de todo, mi historia va á ser divertida. Lo mismo que D. Simplicio Bobadilla, renunció generosamente á la mano de Cecilia..., el señor duque tendrá que tomarse el trabajo de buscarme una millonaria que me haga dichoso..., y en estos tiempos prósperos, una millonaria se encuentra fácilmente. La hija de cualquier *mercachifle* cuyo padre, sea como quiera, haya sabido atesorar grandes ganancias, será para el heredero del señor duque un buen partido, y si por un capricho de mi necedad esta millonaria de tres al cuarto me parece insoportable, no ha de faltar alguna *ricacha* de aldea que quiera ser duquesa, y llegaría á serlo si á mí, desde ahora, no me pareciera zafia..., y aquí tienen ustedes al buen señor buscando partidos ventajosos para su heredero, y al ingrato hijo desechándolos, porque es un loco, rematadamente

loco, que se ha empeñado en no ser feliz. Mi padre no se convencerá nunca de que yo no puedo disponer de un corazón que ya no es mío, y va á luchar con la estúpida resistencia de un poste.

De esta manera el hijo del duque desahogaba su mal humor. Luis le había hecho concebir esperanzas, que veía completamente desvanecidas..., y era otra víctima de aquellas malditas cartas falsificadas, sin que se pudiera saber ni aun presumir cómo, cuándo, dónde habían sido falsificadas.

Montero declaraba interiormente, como si dijéramos á puerta cerrada, que el señor duque era un insigne badulaque digno de ser emplumado, y sin duda iba á dar al amante infeliz uno de esos consejos de *rompe y rasga*, que tenía siempre á mano para las ocasiones supremas... Su espíritu revoltoso no había acabado de quietarse todavía, y semejante al acero, sólo necesitaba el contacto del pedernal para que saltara la chispa de su carácter. De seguro iba á aconsejar al hijo del duque que echara por medio, esto es, que diera un golpe tremendo, decisivo, que aterrara á su padre y convenciera á Cecilia. Su genio pronto no se avenía bien con las resistencias pasivas, la violencia era aún su temperamento. Dios sabe lo que él habría hecho en igualdad de circunstancias..., y no es fácil presumir lo que en aquel instante iba á salir de su boca, aunque por la enérgica expresión de su fisonomía podía colegirse que iba á dar un consejo desesperado.

Luis lo contuvo, diciéndole:

— Ya es preciso preparar á Margarita, no debemos ocultarle por más tiempo la situación en que nos hallamos. Tú te encargas de eso... Yo la animaré después, y cuento con su bondad, con su valor y con su talento.

Montero se hubiera cortado la lengua antes que pronunciar palabra que pudiera afligir á Margarita, y sentía

que aquel encargo era superior á sus fuerzas. Ir á decirle que Luis se hallaba envuelto en una causa criminal, que se le perseguía como presunto reo de falsificación y que iba á ser encarcelado, era asestar á su corazón tres puñaladas, y no se encontraba con valor para tanto... ¿Y cómo rehusar la triste misión que Luis le confiaba? ¿Y de qué medios valerse para hacer menos dolorosas las heridas? En la necesidad de herir, heriría poco á poco. ¿No es así como se dan las malas noticias?.. Hasta ahora no se ha inventado otra manera. Bueno, quiere decir que le referiría minuciosamente la historia del pleito, con todos sus accidentes, pelos y señales... Su imaginación no le sugería otro recurso...

A pesar de que reunió todas sus fuerzas, no le parecieron bastantes, y mirando alrededor de sí, buscó quien le auxiliase en tan ardua empresa.

Serafín, ajeno á todo lo que allí pasaba, se entretenía en revolver los papeles de la mesa, en buscar estampas en los libros, en saltar por encima de los muebles con esa movible inquietud con que los niños lo hacen todo. De vez en cuando miraba á su padre y á su padrino con infantil fijeza, y volvía de nuevo á sus juegos.

Para la misión, digámoslo así, diplomática de que Montero estaba encargado, ningún auxilio podía ser más eficaz que el de Serafín. Su presencia sería un bálsamo. Cogió la mano del niño, y fué en busca de Margarita.

Al mismo tiempo que Montero salía del despacho entraba en él Cecilia.

La doble exclamación con que fué recibida atestiguaba bien claramente que su visita era inesperada. Luis se adelantó á saludarla, y el hijo del duque, que no se había sentado, permaneció de pie inmóvil, mientras que toda su alma se agolpaba á los ojos.

— Muy bien — dijo. — Causo sensación, y esto es siempre

agradable á las mujeres. Dudaba de encontrarlo á usted en su casa — añadió, dirigiéndose á Luis. — Y en cuanto á usted, Enrique, no esperaba verlo aquí.

Hablando así, dejaba ver toda la dulce gracia de su sonrisa y toda la brillante pureza de sus ojos, mas en



Serafín se entretenía en revolver los papeles de la mesa

su voz se advertía la vibración de un acento conmovido.

— No renuncio á mi inoportunidad — dijo el hijo del duque. — Sé que entre un abogado y una cliente todo testigo extraño es siempre inoportuno, y, no obstante, insisto en mi impertinencia y celebro mi importunidad. No hay manera de echarme de aquí, adonde con tan buen pie he venido.

Mientras las mujeres tengan ojos es inútil que intenten ocultar sus sentimientos, porque son dos testigos, y bien se puede decir oculares, de los más íntimos pensamientos, y locos, locos de atar, á lo mejor los descubren.

Enrique, por lo tanto, pudo sorprender en los ojos de Cecilia la íntima alegría con que había oído sus palabras, y en aquel momento ambos olvidaron que había entre ellos la invencible barrera del duque.

La rápida luz de los relámpagos hace más profunda la obscuridad de las nubes, y en las tempestades de la vida hay también relámpagos de alegría que aumentan la obscuridad de nuestras angustias.

Hemos convenido por pura galantería en que la mujer es un ser débil y el hombre un ser fuerte, y he aquí que en la mayor parte de los casos somos nosotros los que nos entregamos y ellas las que se dominan.

En la ocasión presente fué ella la que impuso al corazón el dominio de la voluntad, diciendo:

— Seamos juiciosos en medio de nuestra locura. Lo que es imposible, es imposible.

Y variando el tono de la voz y la expresión del semblante, añadió:

— Me alegro de encontrar aquí un testigo, á quien desde ahora hago juez, porque me parece que se va á entablar un pleito muy reñido entre el abogado y la cliente.

— El abogado — dijo Luis — está dejado de la mano de Dios, y perderá el pleito; y, vamos, esta vez no sentirá perderlo.

— Lo dudo — replicó Cecilia moviendo la cabeza y sentándose, — pero mi derecho es incontestable.

— ¿De qué se trata? — preguntó Enrique.

— ¡Ah! — exclamó la huérfana levantando los ojos al cielo: — Se trata de una usurpación.

Luis se puso serio, tal vez porque empezaba á adivinar el objeto de aquella visita.

Ella siguió diciendo:

— Cada uno tiene en este mundo su patrimonio: unos, la prosperidad y la dicha; otros, la pobreza y el infortunio.

Valle-alegre defiende tenazmente sus millones...; yo también soy avara, y he resuelto defender hasta lo último mi desventura. No me negarán ustedes que el patrimonio más respetable es el de la desgracia. La piedad nos manda socorrerla, compadecerla, consolarla; eso es hermoso, pero no nos es lícito usurparla.

Enrique Miró á Luis, preguntándole con los ojos: «Adónde va á parar?»

— ¡Oh! — exclamó. — A ustedes les admira que hable así una pobre muchacha de diez y siete años. Bueno. ¿Qué he de hacer yo si quieren admirarse? Sería injusto que me apropiara el mérito de esas palabras; las he aprendido de mi madre; ella las ha grabado en mi memoria, y yo no soy más que un pa-

pagayo que las repite. Mi madre, Sr. D. Luis, mi madre es la que me envía á pedirle cuenta de su conducta, porque usted ha querido usurparnos, despojarnos del único bien que poseemos sobre la tierra: nuestra desgracia.

Dicho esto, esperó una respuesta; pero ni el hijo del duque, que la oía con la boca abierta, ni Góngora, que la escuchaba con los ojos fijos en ella, profirieron palabra alguna.

— El que calla otorga — añadió sencillamente. — Lo que



Al mismo tiempo que Montero salía del despacho entraba en él Cecilia

acabo de decir es sin duda incontestable; ni aun aquí creí que triunfaría tan fácilmente la razón. Sin embargo, no me basta ese silencio: confiese usted, Cóngora, que estoy en mi derecho, y usted, señor juez, falle á mi favor.

— Todavía — advirtió Enrique — no he podido averiguar de qué es de lo que se trata.

— Se trata — dijo Luis — de un asunto pasado ya en autoridad de cosa juzgada.

— Juzgada á mi favor — añadió Cecilia.

— ¡No entiendo! — exclamó Luis.

— Ni yo tampoco — dijo Enrique.

— ¡Oh, qué torpes! — contestó ella.

Y dirigiéndose al hijo del duque le dijo:

— Si no quieren ustedes que haya en este asunto un caso de usurpación, será preciso que convengan en que hay un abuso de generosidad.

Si los ojos de Enrique no hubieran estado absortos contemplando á la huérfana, habría observado una ligera sombra detrás de la puerta que al salir Montero habla quedado entornada. Luis no podía verla, porque se hallaba de espaldas, y Cecilia no quería mirar á ninguna parte porque en todas veía los ojos de Enrique.

— Sí, señores — siguió diciendo. — Un abuso de generosidad. A Góngora se le acusa de una suplantación, y he aquí que es culpable de otra; ni más ni menos. La justicia busca al falsificador de las cartas de Ripoll, y Góngora quiere suplantarlo. ¿Y por qué dirá usted que arroja de ese modo á las sospechas de la opinión y á los recelos de la justicia el honor de su nombre? Por poner á cubierto á mi madre y á mí de esas mismas sospechas y de esos mismos recelos. Ya se ve; una pobre viuda y una infeliz huérfana, ¿qué entienden de estas cosas? Mas es el caso que no contaba con la huésped, y mi madre y yo hemos declarado toda la verdad.

— ¡Declarado! — exclamó Góngora.

— Eso es; hemos dicho que encontramos las cartas de Ripoll en un secreto del *buró* de mi padre, secreto que yo ignoraba y que mi madre sabía, que en el momento mismo de encontrarlas escribí yo á usted loca de alegría por el hallazgo.

— ¿Y quién les ha pedido á ustedes esa declaración? — preguntó Luis.

— Nadie — contestó ella. — Usted no contaba con ese contratiempo; se creía usted seguro..., nos engañaba..., pero nosotras hemos caído en la cuenta, y hemos ido, sin que nadie nos llame, á decir toda la verdad.

— Declaración inútil — dijo el abogado; — no la creerán.

— Puede ser, porque la verdad es algunas veces increíble; mas yo también soy astuta, y he dejado traslucir en mi declaración un deseo invencible de riqueza; y dirán: «la codicia es capaz de todo; estas pobres mujeres han encontrado quien las provea de esos documentos falsos.»

— ¡Eso es calumniarse! — exclamó Luis.

— No — replicó ella. — Usted sabe con cuánto afán he deseado ser rica... Sí; soy avara, y Dios me castiga.

El acento con que pronunció estas palabras las desmentía al mismo tiempo que las afirmaba, y el hijo del duque no pudo oírlas sin estremecerse, porque no podía ocultársele que aquella avaricia, tan ingenuamente confesada, tan imposible en un corazón de diez y siete años, era el vivo afán del amor que por él sentía.

— Cecilia — le dijo con voz suplicante, — ¿hemos de hacer el sacrificio de nuestra felicidad ante el poder de un puñado de oro? Porque mi padre, ciego con el honor de su título y con el esplendor de su casa, sea demasiado cruel con nosotros, ¿hemos de condenar nuestros corazones á soledad perpetua? Si nos une ya el más sincero, el más tierno de los sentimientos, ¿por qué hemos de separarnos?

El duque es bueno, y sería el mejor de los hombres si no fuera duque, y al fin se convencerá.

— No — contestó Cecilia gravemente, — nuestro sacrificio es necesario y justo. Si usted es el hombre que mi corazón me pinta, se someterá á él con la resignación de las almas fuertes. Y yo — añadió con dolorosa firmeza — no podré amar nunca á un hijo que no sepa morir cien veces antes que afligir una sola vez á su padre.

El lector dudará aquí de la verosimilitud de este carácter. A los diez y siete años, dirá no hay quien sienta ni piense de ese modo. Cecilia es un ser puramente fantástico. Contra este parecer, que de seguro tendrá gran mayoría, no tengo que oponer más que una declaración que hay que creer bajo mi palabra: Cecilia es una figura que he copiado del natural. Precisamente porque parece increíble es por lo que debe parecernos admirable.

Ya que tan propensos somos á creer en las miserias, en las flaquezas y en las debilidades de nuestra especie, ¿por qué no hemos de creer alguna vez siquiera en la fortaleza de las virtudes humanas?

Cecilia es un ser raro, singular. Perfectamente; pero ¿es acaso cierto que somos todos iguales? ¿Hemos de reconocer el imperio absoluto del vulgo?

Cecilia es como yo la bosquejo, y estoy seguro de no haber falsificado el original que me sirve de modelo.

Luis la contemplaba con admiración y con pena; sentía hacia ella un afecto enteramente paternal; y el hijo del duque, sin saber qué replicar, dominado por la influencia de sus ojos y de su voz, guardaba triste silencio. Comprendía toda la nobleza de aquellas palabras, y no se sentía con valor para cumplirlas. Le hubiera sido mucho más fácil sacrificar su vida que su amor. Cecilia le pedía un imposible. ¡Renunciar á ella! Bien; sucumbía al adverso imperio de su suerte; pero resignarse, nunca...; no encontraba en

su corazón fortaleza bastante para semejante sacrificio.

Ella por su parte hacía un supremo esfuerzo, quiso hablar y la voz se ahogó en su garganta; quiso sonreír y no pudo..., y tuvo que bajar los ojos para ocultar dos lágrimas que se habían agolpado á sus párpados.

Entonces la puerta de la escalera interior, que Montero dejó medio entornada, se abrió de repente y apareció Margarita.

A las once de aquella noche se volvía la baronesa á su casa. Iba haciéndose cruces... No se santiguaba por piedad, sino de admiración.

— *Mon Dieu!* ¡Qué gentes! — decía. — No se parecen á nadie. Todas esas generosidades, todas esas delicadezas, todas esas tonterías en una novela, pase; pero en el mundo... *Fi, fi, donc!*, me revientan. Y á todo esto, Góngora tan enamorado de su mujer como el primer día, y ella hecha un *pasmarote*, y el duquesito *al paño* como un embozado de comedia, y la niña... ¡Oh, la niña, tonta de remate!

Con esta conversación íntima entró en su casa más furiosa que había salido.